

Carlos AURTENETXE  
*Áspera llama. Antología poética (1977-2006)*

Prólogo de Patricio Hernández

Berminham Editorial, Donostia, 2012

Carlos Aurtenetxe: «Un orden extranjero»

En su prefacio a *Áspera llama*, «Un orden extranjero», declara Carlos Aurtenetxe que han transcurrido dos decenios desde la aparición de *Palabra perdida (1977-1989)*, la primera antología de sus poemas. *Áspera llama* viene a ser otra selectiva perspectiva de la obra publicada en aquel entonces y de los poemarios subsiguientes: *Los cormoranes* (2002), *La casa del olvido* (1999), *La piedra acontecida* (1999) y *Acanto ciego* (2006).

De esta forma, nos asegura el poeta en «Un orden extranjero», *Palabra perdida* se convierte en *Áspera llama* porque el reino poético de Aurtenetxe es el de un solo pensamiento, que hace indebido al mundo. No obstante, prosigue al término del prefacio, su universo literario al igual que el de Samuel Beckett fue sentido, pensado y escrito para una sola voz. «Aunque nadie la escuche o la perciba».

Pero una aproximación temática a *Áspera llama* admite muy diversas variantes aunque sea único el pensamiento que las preside. Detrás de la aparente reticencia de los silencios poblados de palabras, Carlos Aurtenetxe asesina a diario a un dios sin rostro ni lugar en quien descrece, como Salvador Dalí decía sacrificar constantemente a su desaparecido hermano muerto. También baraja el poeta fotos enmarilladas, cielos incesantes, luces y vientos. Pide u ordena al prójimo morir de amor, rabia o demencia pero siempre de pie y sin humillar los ojos, al igual que los árboles de Casona o aquel escudero Bergman en *El séptimo sello* quien afirmaba sucumbir sin resignarse. En otras palabras «fallezcamos de pie /, como los montes». La tierra se halla en ruinas donde vino a posarse en vano un calendario. Las ciudades enmudecieron y el recíproco amor de los amantes a las barricadas olvidó su última fecha en una agenda. Fue por la época en que partieron para siempre los músicos del baile del casino. Llaman a la puerta de Secundino Esnaola, 8, residencia de Aurtenetxe en Donostia. Llegó la muerte y trae

un par de mensajes. En el primero cuadra claras cuentas: «uno y siete tres / menos (ella misma) cuatro». Desnuda, de pie y abrazada al poeta, rinde algo semejante a un parte de guerra. En el mundo sólo restan andrajosas verdades y palabras. A Carlos Aurteneixe le corresponden tres años de muerte. Ni uno más ni otro menos.

Etcétera, etcétera. La temática poética del autor se extiende y esparce, al igual que este universo finito aunque ilimitado o bien limitado e infinito. (Puro bizantinismo de mecánica celeste). Prefiero reducirla y esquematizarla en torno a un tópico, tal vez un tanto inadvertido por la crítica: la presencia de los animales en *Áspera llama*. Creo que semejante aproximación, a través de los fabularios franceses, no llevaría a la mitología moralizante de los bestiarios medievales donde los hombres compartían con las fieras y los animales domésticos el lenguaje y el paisaje. Como antes lo hicieron sus antepasados, recién aparecidos, en el paraíso terrenal. Una progresiva humanización de los seres irracionales, unida a lo que podríamos llamar un muy personal y postmoderno desencanto del mundo, discurre a trechos a través de casi toda la antología.

De esta forma en «canta el ruiseñor su canto injusto» *Caja de silencio* (1978), trina dulcemente el pájaro bajo un sol y un cielo, que Carlos Aurteneixe llama ordenados y perfectos. Pero su canto le parece injusto y recuerda por contraste todas las protestas de los hombres, muy pronto deformadas y falseadas y «los últimos lamentos/ de los dinosaurios en trance de extinción». «La rata», *Figuras en el friso* (1979-1981), llora y aun grita en los extremos de su desaparición, se pierde en los espejos pero se libera en prisión de las alcantarillas y muere algún día, cuando ya no sabe qué otra cosa hacer. «Horario de la foto amarilla», *Las edades de la noche* (1979-1981), termina con la estampa de un viejo rabadán, adormilado a la vera del camino e inadvertido de que le falta «aquella oveja / de la fábula». Acaso la misma que Cristo salva de los lobos para entregarla a matarifes y carniceros. De la oveja perdida pasamos a «Sólo esas aves prolongadas», *Los estuarios abandonados* (1981). Únicamente las gaviotas que puntuales regresan y revelan sobre la playa, «bajo un cielo sin desorden» y frente a un paisaje de edificios mutilados por la última guerra, desconocerán las múltiples formas de enloquecimiento de la especie humana. En «Algo lejano muere en un cristal», *Las cariátides* (1983), suenan distantes ecos del Bécquer de la Rima LIII y del Juan Ramón Jiménez de «El viaje definitivo», en un lenguaje muy distinto del romanticismo y la poesía pura. Pasan por un espejo y enseguida se pierden definitivamente, como las fantasmales imágenes de los reyes en *Las meninas*, nubes, ladridos, frases, miradas y los amigos desmemoriados de seguir viviendo. Cuando regresen los pájaros de *Las cariátides*, tampoco nosotros seremos los mismos, aunque pretendamos desentendernos de nuestra cambiante fugacidad. Como no lo serán las nubes, las ladras, las palabras, los reflejos de los ojos, ni tampoco los distraídos y olvidados de su cotidiana supervivencia.

Pero corresponde a «La trenza», *Los cormoranes* (2002), culminar la simbiosis del poeta y el perro. Después de otro un tanto oscuro roce con la muerte, su reciente visitante en el piso de Esnaola, 8, a través de un sueño o de una enfermedad, el autor se cerciora de estar vivo puesto que todavía le persiguen la ley y la justicia. Aunque haya aprendido a trenzar los cabellos de los muertos y a cabalgar sus corceles, médicos y amigos le dieron de alta y aconsejan salir y distraerse «de tanta eternidad». Tan pronto le llaman por su nombre, «¡Carlos!», parte a toda prisa, meneando el rabo. Espera el palo,

que alguien le echará a lo lejos y él se responsabilizó de devolverlo entre los dientes. Tal por cual como le toca proceder a un muy educado y solícito galgo de raza. En resumen y en el curso del último decenio, la recíproca transfiguración del can en el escritor y de Aurtenetxe en su lebel se ha consumado. Cada uno será fiel a entrambos y a sí mismo, puesto que ambos comparten idéntico sentido de la ironía. Por eso me pregunto cuál de ellos escribió los últimos versos de «La trenza» y expuso allí su resolución de no morir jamás de un ataque de excesivamente desesperada esperanza.

Carlos Rojas